

ISAAC RIVERO, LA HISTORIA CONTINÚA

Por MIGUEL LISANTI

La fatídica noche de 1976 viajaba rumbo a Córdoba luego de rendir la Residencia de Clínica Médica en Mendoza. Pasaron cosas luego, y un retorno recién casado desde la Docta al Hospital Central. Tres años de Residencia mirando por la ventana, escuchando las sirenas interminables, inolvidables por la angustia; desaparecían personas por las calles, como los dinosaurios de Charly. Pasaban cosas de esas que te ponen la piel de gallina en los hospitales. La Cardiología me latía por dentro, había estado en Córdoba con un amigo de Favalaro, y esa pasión latía en mí como lo suelen hacer los amores.

A veces venían ellos a ver pacientes, los Inmunólogos, entre ellos una figura experta, la voz del Patriarca, rodeado de sus súbditos, era como el Pato Donald y sus sobrinos, el que todo lo sabe: “el sujeto del supuesto saber”.

La admiración es uno de los modos que tiene el amor.

Mi residencia culminó y en una rotación (pasantía) temporal, expresé mi deseo. Al concluir tres años de clínica médica me ofreció crear la Unidad de Alergia, antes debía pasar por el Servicio de Inmunología, ese Servicio había sido creado por él, Isaac Rivero a su regreso de otros sitios.

El afamado Instituto Lanari en Buenos Aires, el Hospital Maimónides de New York, y otras yerbas...siempre dijo que debía devolver a su patria su educación gratuita...eso me impactó y sirvió como empujón final hacia él y su troupe.

Marta Diumejo, Marta Moravenick de San Martín, Héctor Abaca, Víctor Bittar, Lucía Ruggeri, Roberto Vallés, Alfredo Gandur, Oscar Vicente de Rivadavia, Ángela Gallardo, la querida Angelita... Luego vinieron más. Él, Isaac, quería formar gente y distribuirla en los otros hospitales de Mendoza. Y así sucedió.

De pronto existía un Laboratorio importante, Autoinmunidad, Inmunología de la Reproducción, Inmunología de Trasplante, Alergia.

La familia de Inmunólogos crecía desde su vientre impulsor. Él había recibido algo similar desde Muratorio Posse, un clínico prestigioso que vino de Baires a cambiar el destino de la medicina de Mendoza, él, Muratorio, había hecho lo mismo desde una visión más clínica. De su imaginación, se formaron afuera, Genetistas, Nefrólogos, Endocrinólogos y otros. Todos luego, regresaban a la fuente, al Hospital, a los Hospitales y se esparcían, y se juntaban luego en la Facultad de Medicina. Y así, la medicina de Mendoza, iba cambiando, vertiginosamente. La familia crecía, surgían nuevos hijos e hijos de los hijos. Y aun hoy continúa.

La muerte se llevó a algunos como suele suceder, con esa costumbre que tiene ella, esa eterna certeza con la que nacemos, la cosa en realidad es que deambulábamos por los pasillos como sujetos responsables de cuidar la vida y a veces, ella, la vida nos abandonaba.

Por las calles nadie se da vuelta a mirar a alguien que ríe, pero cuando alguien llora, todos se dan vuelta a mirarlo. Mirarte, mirarnos, porque todos lloramos alguna vez. Pero las mejores lágrimas, las más auténticas, las absolutas se ven en los hospitales y en los aeropuertos.

Los sábados teníamos reuniones bibliográficas. Nos turnábamos para actualizar algún tema publicado recientemente. Yo iba de zapatillas y jean, los médicos de esa época no estilaban usar esa indumentaria. Subíamos al ascensor de los médicos (existía uno) y el ascensorista rechazaba otros sujetos y decía: "la gente va por otros ascensores" y yo le decía que los médicos no eran "gente".

En el piso 5, nos reuníamos, yo atendía y participaba y me gustaba dibujarlos, en modo comics, a cada uno. Una vez junté todos los dibujos, hice un cuadro que según me han contado aún guarda en su casa y se lo regalamos en un homenaje de no me acuerdo qué circunstancia...

De su nido salieron hacia otros Hospitales, todos sus hijos. Otros nos quedábamos a su lado, bajo su ala eterna. Con sinsabores a veces y con sabores la mayor parte del tiempo.

Así el Notti Inmunología de la mano de Angelita, el Ferroviario, El Carmen y otros...y pasó el tiempo. Y nos fuimos por la edad, o se fueron por muertes prematuras.

Hubo muchos herederos, entre los cuales me siento una orgullosa parte.

Nunca se quejaba, y cuando habíamos dejado algo tirado, él venía y lo recogía, y pasaba un trapito al microscopio si tenía un cachito de tierra...

Desde la ventana de los diversos sitios que habitábamos, se veía la ciudad. Veíamos crecer los edificios como casitas, con polvo para hornear, veía catedrales, el circundante universo del puentecito que dividía la Ciudad de Guaymallén, como el de Budapest.

Ahora escribo esta carta para él, pero no será personal, Julieta Ruiz Díaz me pidió hiciera público. Oscar Vicente también tuvo la idea de juntarnos con él y a mí hace mucho que la idea me rondaba en la cabeza.

Gracias Isaac Hilario Rivero, por todo lo que nos diste, por la enseñanza, por tu generosidad, por el don aprendido de compartir el saber.

Mi padre era una figura ausente en mi infancia, crecí siendo el hombre de la casa. Trabajaba desde los 13 años repartiendo rosas en una bicicleta para una zapatería. Tomaba retazos de otros padres, figuritas que pegaba para armar el mejor que pudiera imaginar. Uno de esos ejemplos fue usted, Isaac Hilario, porque no solo nos enseñó medicina: aprendimos una noción de agradecimiento al hecho cuasi único de educación gratuita de nuestro país.

GRACIAS QUERIDO DOCTOR ISAAC RIVERO

Por JULIETA RUIZ DÍAZ

Simplemente queridísimo Isaac, y me permito después de tantos y tantos años llamarlo por su nombre, esta es una mínima manera de decirle GRACIAS.

Recuerdo todavía como si fuera ayer, la noche que murió papá, en 1988, cómo voló a ver a mamá, quien por supuesto, estaba muy mal. Recuerdo su paz, su seguridad y su calma, diciéndonos que – a pesar de todo- ella estaba e iba a estar bien.

Su nombre y el de nuestra querida Gloria, colega de papá, siempre se mencionaban por algún motivo en casa.

Cuando volví en 2007 de Francia, con mi hijo muy grave, mamá, inmediatamente, me dijo: llámalo a Isaac, ya. Y se lo agradeceré siempre, como le agradeceré eternamente a usted haberme derivado- como ya he escrito en este semanario, en otras líneas- a Ángela Gallardo, a quien le seguiré diciendo gracias por haberlo salvado. Me acuerdo que me dijo: Gallardo si es un nene, Lisanti si es un adulto. No te olvides de estos apellidos nunca.

Y no, no me olvidé. Pero ingratamente pasaron muchos años para que yo agarrara el teléfono hace unas semanas y le agradeciera lo que usted hizo por mí. No lo hice antes. Era como si tuviera miedo de que el tiempo se diluyera y ver a mi hijo enfermo como antes. Una estupidez mía, pero me pasaba. Perdón por tanta demora.

Los hilos de la vida hicieron que, por supuesto con la Dra Gallardo siguiera siempre en contacto. Y con Miguel, esos hilos hicieron que su gran amor fuera alumna de papá y amiga mía, nuestra querida Miriam. Y así se cerró el círculo y soy amiga de Miguel que tanto lo quiere, le agradece y lo admira.

Nuevamente, gracias infinitas por ese nombre y ese teléfono en 2007. Y gracias en nombre de las cientos de personas a las que ayudó y atendió; no solo como un gran médico, sino como lo que es usted: un gran señor.